

Santa Clara 20 de mayo del año 2011

Estimados profesores:

Quizás todo lo que hasta ahora ha pasado tiene un objetivo, y el escribirles esta carta sea nada más una excusa para poder contarle de cosas que son muy personales, pero que quiero que las sepan. Por cuestiones de tiempo y por respeto a ese tiempo tan preciado que ustedes tienen, nunca he podido hacerlo. Ahora se me da esta oportunidad para contarles de cosas que me han pasado que probablemente no tengan tanta trascendencia desde su punto de vista, pero que para mí es algo muy grande del cual estoy orgulloso.

Todo lo que les contaré a continuación es real, cada palabra es cierta.

Yo provengo de familia muy pobre, de padre albañil y de madre costurera, mi padre tuvo la suerte de trabajar con contratos permanentes que le permitieron obtener una jubilación más o menos digna, pero que debe solventar todos los gastos de la casa, porque mi madre no gozó de esa oportunidad. Gracias al trabajo de mi padre y algunos negocios informales de mi madre lograron darnos la educación básica a mi hermana y a mí. Aunque, desde los 14 años de edad yo me aventuraba a tener trabajos de verano para ayudar a mis padres a comprar mis propios libros, cuadernos y mochilas. Hice de todo, de empacador en un supermercado, de ayudante de albañil, de ayudante de "Chapistería". Con el enderezado y pintura de carro como trabajo a medio tiempo, logré sacar mi bachillerato, porque siempre sentí que debía apoyar a mis padres.

Recuerdo que en aquella mente adolescente habían muchos sueños, estudiar una carrera universitaria era uno, pero también sabía de las limitaciones y no me permitía soñar, simplemente para que no se convirtiera en un sueño doloroso. Muchas fueron las veces que pensé en ser un profesional que aportara a la sociedad, ser médico era demasiado caro, y por lo tanto estaba vedado para mí, mi condición económica no me lo permitía. Eso nada más estaba reservado para los hijos de burgueses, los demás debíamos conformarnos con el bachillerato.

Mis padres al ver el entusiasmo que yo tenía de seguir estudiando una carrera universitaria, decidieron apoyarme, a pesar de cargar una maldición familiar de ignorancia que no había logrado romperse. Yo iba a ser el primer universitario en la familia. Mis deseos de hacer realidad ese sueño entusiasmó la mente visionaria de mis padres, aquello se convirtió no en una meta personal, sino familiar. Todos apostaron por mí, mis padres, mi hermana, tíos, abuelos y hasta vecinos.

Comencé la carrera de Licenciatura en Biología en la Facultad de Ciencias Naturales y Matemáticas en la Universidad de El Salvador, en el año 1999. Al estar dentro de las aulas de la Universidad me di cuenta que haber vencido todas las pruebas para ser parte del estudiantado de dicho centro era nada más el inicio de una etapa muy difícil económicamente. Todo se tenía que pagar, y eso que era una Universidad barata. A pesar de todas las dificultades siempre trataba de mantener optimistas a mis padres con el sacrificio diario que me veían hacer. Tenía que levantarme temprano para ir al taller, y luego tenía que salir a mediodía hacia la Universidad. Al

recordar eso, pienso en todo el sacrificio que tuve que hacer para mantener vivo ese sueño, pero a la vez había un pensamiento objetivo que me decía que eso iba a ser imposible, porque a medida que los semestres iban pasando las cuotas iban subiendo y la economía de mi casa empeoraba. Ya lejos de ser optimista observaba como poco a poco se iba derrumbando aquel sueño.

Un sagrado día, un compañero de clases me comentó que Cuba estaba dando becas para estudiar medicina. Aquello me alegró tanto. Desde ese día toda mi mente pensaba nada más en eso, yo sentía que era mi única oportunidad de superación. Busqué información y cumplí con todos los requisitos que pidieron. Junto a mi solicitud había más de 600 de todo el país. Esperé hasta el último momento, pero yo sabía que no iba a desistir hasta no obtener una oportunidad como esa.

Llegué a Cuba un 24 de febrero del año 2000, y literalmente podría decir que desde que llegué comencé a estudiar. Miles de baches académicos que nuestros profesores de la ELAM fueron curando. Esa etapa fue muy difícil para muchos, pero el saber de dónde venía y todas las dificultades que había pasado, me hacía esforzarme el doble.

Llegué a Villa Clara en el año 2003, desde el inicio me encantó la gente. Nunca pasó por mi mente lo que esta linda provincia me iba a dejar en los años siguientes. Las clases en el hospital, los pacientes, las discusiones diagnósticas, las piezas frescas, los pases de visitas magistrales del profesor Antonio Artilles y Artilles me dejaban deslumbrado, los diagnósticos siempre certeros del profesor le imprimió a mi carrera un sabor incomparable. Estaba fascinado. Fue una etapa de mucho estudio, pero era un estudio que tenía un dulce sabor práctico. Lo disfruté mucho.

Realicé mi prueba estatal en el hospital Arnaldo Milián Castro en el año 2006. El diagnóstico del caso recuerdo que fue un Síndrome de Reiter. Haber obtenido 93 de nota en un examen práctico estatal muy exigente, para mí significó haber cerrado de la mejor manera mi etapa como estudiante de medicina.

El 22 de agosto del año 2006 se celebró la graduación de la segunda promoción de estudiantes de la ELAM EN Villa Clara y mi padre con mucho sacrificio pudo estar conmigo. Recuerdo que cuando me dieron el título una de las frases que me dijo y que nunca voy a olvidar fue: "Te hiciste médico porque quisiste".

Cuando regresé a El Salvador ellos me plantearon la posibilidad de comenzar a trabajar. La cruz económica estaba pesada y debía cargar parte de ella. Yo los convencí para que me siguieran apoyando y regresar a Cuba para realizar una especialidad. Ellos lo aceptaron.

Comencé la especialidad en Medicina General Integral en el año 2008, y honestamente esos años como médico de familia me aportaron mucha experiencia. Tuve la suerte de realizar el MGI en el policlínico XX aniversario de Santa Clara, el único policlínico provincial de urgencia en ese momento.

El seguimiento de las embarazadas, los lactantes, el adulto mayor, las urgencias y el trabajo de terreno, me aportaron mucho a mi formación como médico recién graduado.

Comencé mi residencia de cardiología en el Hospital Celestino Hernández Robau en el año 2009. Todo aquello era diferente, el nivel de exigencia era muy alto. Se hablaba en términos diferentes, hablaban como en otro idioma; VD, VI, AD, FEVI y muchos otros términos que no había manejado anteriormente. Poco a poco fui entrando en calor, porque el medio me lo exigía pero además aquellos temas se convirtieron en algo completamente nuevo e interesante.

Estudiando tranquilamente, un día mi novia me comenta de un atraso que tenía en su menstruación, inicialmente pensamos que no se trataba de nada, pero no teníamos idea que Emily ya nos estaba escuchando. Aparece en escena el 2 de octubre del año 2009 a las 4 y 10 de la madrugada. Todo cambió, succionó todo, era como un imán que atraía todo hacia ella, tiempo, espacio y dinero. Y peor aún, Lísbet todavía no había terminado su carrera y había que continuar lo más rápido posible para que no perdiera el año. Todo salió bien y Lísbet logró graduarse de médico y a la vez obtuvo una especialidad vía directa en Neonatología. Nuestra residencia la hemos tenido que compartir entre estar allí para nuestra bebé, lo cual es prioridad, y a la vez poder vencer de la mejor manera posible la residencia de ambos. Cada noche que Emily se duerme hay que correr para organizar mesas y sillas para estudiar.

Quizás he convertido todo esto en una autobiografía, pero no pierdo nada en contarles parte de mi vida, porque para mí el que ustedes lo sepan se convierte en deber moral. Se imaginarán el agradecimiento que tengo hacia todos ustedes, Cuba me ha dado todo, nunca creí que el haber tomado aquella decisión a los 19 años iba a definir tanto a los 30. Me cambió prácticamente la vida, ahora mi esposa y mi hija son cubanas. Tantos amigos y vecinos cubanos, que me siento cubano. El agradecimiento hacia todo lo que Cuba me ha dado es imposible de escribirse en letras.

Con todos esos conocimientos que tantos profesores aportaron a mi formación me han permitido tener una de las sensaciones más grandes y únicas que un ser humano puede experimentar, la de salvar vidas. Gracias a esa formación, Pedro está en su casa con su familia después de haber presentado un paro cardiorrespiratorio producto de un infarto y al que tuve el privilegio de atender desde el inicio del evento hasta que se fue de alta hospitalaria. Gladis, Epifanio y muchos otros pacientes a los que he tratado con el mismo amor que ustedes me enseñaron que debía tratar a cada paciente.

Una deuda eterna hacia todos los abnegados profesores cubanos, que me formaron desde los inicios. Les debo todo lo que ahora soy.

Atentamente.

Dr. Samuel Isaac Merino Barrera

Especialista de primer grado en Medicina General Integral

Residente de tercer año en Cardiología